# ALUCINACIONES Y DELIRIOS

LAUREANO RAMIREZ

# Capítulo 1

## DELIRIOS Y ALUCINACIONES

El calor era asfixiante. Yo sudaba copiosamente y mis cejas no impedían que el sudor entrara en mis ojos. Me até un pañuelo en la frente, y seguí desmembrando el cuerpo de Guillem. En menos de una hora mi primo hermano había quedado reducido a cuatro bolsas de basura. Ahora pensé en qué trofeo me guardaría y decidí que sería su lengua, larga y mentirosa. Ahora parecía un excremento, una excrescencia emética producto de una justicia cruel.

Eran casi las diez y media y aún no era de noche. Tomé una ducha y me senté en la terraza. El crepúsculo cedió paso al anochecer que se cernía lentamente sobre la ciudad. Era viernes y se notaba animación en las calles del barrio. Encendí un cigarrillo y pensé que no iba a ser tarea fácil sacar las bolsas y dejarlas lejos de mi domicilio sin ser visto. Me fijé las cuatro de la madrugada para ese menester.

Sonó el móvil a las once. Era la madre de Guillem preguntando por él. Le respondí que se marchó un par de horas antes, y no le había visto más. Nos despedimos lacónicamente. Poco antes de las cuatro marché a mi estudio para ejecutar la última fase de mi plan. Terminé casi al amanecer y, cansado, me acosté en seguida.

Me despertó el móvil de Guillem. Era su madre. No respondí a la llamada. Ella dejó un mensaje en el que evidenciaba su estado de preocupación. Sonreí levemente, y seguí durmiendo. Volvió a despertarme otra llamada, pero esta vez era mi teléfono. Otra vez mi tía Gemma. Afirmaba que su

hijo había desaparecido y que la policía había aceptado su denuncia. Le repetí que no le había visto más y colgué.

Comí en el bar de la esquina y regresé a casa. Sonó el timbre y abrí la puerta. Era la tía Gemma; quería hablar conmigo. Pasó y se sentó. Su semblante era serio, y me pareció leer en su ceño fruncido una sospecha.

- La policía dice que el móvil de mi hijo está cerca de este lugar –me dijo.

- Es posible –contesté- pero no aquí.

Me levante para ir al baño y en ese momento sonó el móvil de Guillem. Era su madre la que llamaba desde allí mismo. Comprendí de inmediato que mi tía sabía que yo ocultaba el paradero de su hijo y que el móvil de éste se encontraba en mi casa. Decidí que si salía viva estaba perdido. Tomé un enorme cuchillo de la cocina y le corté el cuello. No tardó ni cinco

minutos en morir desangrada.

La puse en la bañera y antes de desmembrarla medité unos minutos. Lo primero que debía hacer era dejar el móvil de Guillem operativo y en un lugar cercano a mi casa. El móvil de Gemma inutilizado y bien oculto.

Ejecuté el plan, y después de repartir las bolsas con los trozos de mi tía por la ciudad, me acosté.

A los pocos días, se presentaron en mi casa dos Mossos para hacerme unas preguntas.

Los acomodé y comenzaron a hablar de cosas intranscendentes que yo aguanté con paciencia. Acto seguido me preguntaron por mi tía:

- Llamó desde aquí a su hijo y esa fue su última llamada. Ahora su móvil está anulado- me dijeron".

Les repetí que no sabía nada del asunto y se marcharon.

Esa noche me maldije por no haberme desecho del móvil de Guillem de forma inmediata a su asesinato, y de haber tenido que matar a mi tía. Obviamente no habían encontrado los cadáveres aún, por lo que solo había sospechas. Decidí caminar un poco y despejarme.

Recorrí las calles del barrio a paso rápido. Aún era madrugada y no se veía un alma. Al doblar una esquina me pareció ver una figura que, subrepticiamente, se ocultaba en un soportal. Caminé hacía allí y comprobé que no había nadie; lo achaqué a los nervios y proseguí mi camino. Pero esas visiones comenzaron a intensificarse en número. Si eran alucinaciones visuales, ahora también lo eran auditivas: un gorgoriteo muy semejante a una risa velada comenzó a resonar en mi cabeza. Las alucinaciones tomaron una nueva forma: un olor a cadáver mezclado con roquefort, fétido y nauseabundo. El olor se hacía más y más insoportable. Comencé a correr impulsado por un estímulo que yo mismo ignoraba. Corría sin rumbo, sin meta clara. En la agitación de mis nervios decidí regresar a casa. Sin embargo y por más que recorría calles adyacentes a la mía, no encontraba mi bloque y la desesperación comenzó a quebrar mis nervios hasta puntos inenarrables.

Llegué, por fín, a la entrada de mi casa e introduje la llave. No era la cerradura. Mi agitación nerviosa comenzó a tomar un cauce dramático. Bajé de nuevo y me situé en el centro de la calle. Miré a ambos lados confundido. Un golpe sonoro me sacó de mi ensimismamiento. Alguien se bajó de un vehículo y me ofreció ayuda, pero quienquiera que fuese se difuminó y dejó un rastro del olor fétido y familiar que recordaba de antes. Como un susurro lejano, escuché otra vez la risa gorgoriteante. En un estado rayano con la demencia, caminé unos metros y al parecer me

desmayé. El resto no lo recuerdo en absoluto.

## III

Esa noche tuve dos visitas. Hacía tiempo que tenía visitas a diario. Guillem las atendía y tía Gemma procuraba que se marcharan pronto. Yo, desde mi silla de ruedas observaba todo, lo razonaba todo, pero era un vegetal y solamente tenía 40 años.

Cada noche maldecía aquella quimera que me hizo bajar las escaleras sonámbulo y ponerme en medio de la calle provocando que un vehículo me dejara tetrapléjico. Mi primo Guillem y mi tía Gemma cuidan de mí desde entonces.

Muchas veces me preguntan sobre el motivo que me impulsó a hacer eso que hice, pero esa atroz pesadilla está encriptada en mi memoria y así quedará. No les dije nada sobre mis recuerdos. Esos vendrán conmigo a la tumba, esa que ya se está haciendo esperar demasiado...

¡¿qué pensarían de mi caso esos que interpretan los sueños?!